

La enorme importancia de saberse amado por Dios

Gilberto Urrutia

Si hay una necesidad espiritual del ser humano que sea vital para desarrollar plenamente su potencial como persona, esa es: amar y saberse amado por alguien. Ahora bien, no debemos confundir dos asuntos que son muy diferentes: el saberse amado, es una condición invariable y permanente de la persona, mientras que el sentirse amado es una situación circunstancial y temporal, que tiene que ver sobre todo con nuestros sentimientos y emociones. Podemos sentirnos amados en unos momentos más y en otros menos, por el contrario, el saberse amado es una certeza profunda que no cambia.

El cariño, la atención, los cuidados y la dedicación que recibe un niño desde su nacimiento, es lo que consiste y lo que se denomina como amor de padres. Maravilloso es el amor de padres particularmente por ese carácter incondicional y generoso que tiene, y por el cual las madres se esmeran en atender las necesidades su hijo.

Durante su crecimiento el niño va percibiendo e interiorizando conscientemente el cariño y los cuidados de sus padres adquiriendo así la seguridad de saberse amado por ellos y de formar parte integrante de la familia, es decir, se crea la conciencia de que él es importante para ellos y no está solo en el mundo.

El amor de padres se basa en una clara condición de la persona y se manifiesta en una actitud instintiva. Su otro aspecto admirable, es que el niño no tiene que ganarse o merecerse ese amor, él lo recibe simplemente por ser hijo y por estar allí. Con los años, al crecer y madurar el niño, va entonces consolidándose en su consciencia esa certeza del saberse amado por sus padres.

El amor puro es una facultad espiritual del ser humano, que según el filósofo español Joaquim Xirau, es además una realidad específica e irreductible, de carácter profundamente divino, que tiene como origen y fuente a Dios, su creador.

El creer que el ser humano y todo el universo son obra de Dios, y que por ser su creación, nos ama profundamente y nos ha dado exclusivamente a nosotros su propio espíritu en forma de alma, es la piedra angular de la fe del creyente cristiano.

San Agustín ya decía: *“no hay razón más fuerte para el nacimiento del amor o para su crecimiento que el saberse amado, antes incluso de comenzar a amar.”*

El saberse amado por Dios y el estar seguro de ello, es el primer paso del cristiano en su camino como creyente consciente. De allí, su enorme importancia en la vida de todos nosotros.

Por su gran amor a la humanidad, Dios descendió al mundo y se hizo hombre encarnándose en nuestro Señor Jesús el Cristo, su hijo, para enseñarnos con su propia actuación, palabras y ejemplo el plan salvación de Dios; para darnos su Gracia, su Misericordia, su Perdón, su Espíritu de las que tanto dependemos, y para mostrarnos el verdadero camino al Reino de los Cielos, es decir, a la vida eterna con Dios.

Por eso la Buena Nueva que Jesucristo nos trajo y nos predicó, es la siguiente: saberse amado y salvado por Dios.

Muchos de nosotros cuando escuchamos o leímos por primera vez éste mensaje en nuestra educación religiosa, no supimos comprender, ni mucho menos percibir, el verdadero significado que para nuestras vidas tiene esa maravillosa afirmación, por la sencilla razón, de que el amor de Dios no es posible percibirlo por medio de los sentidos de nuestro cuerpo, no se siente de la manera como estamos acostumbrados a sentir las manifestaciones del amor humano.

Por ser espiritual, sólo puede ser percibido en nuestro espíritu por la conciencia, donde habitan integrados nuestro amor y nuestro intelecto.

Por eso el filósofo Xirau, habla de la *conciencia amorosa*, la cual es una actividad esencial y permanente del espíritu humano, una actitud radical de la vida.

La venida de Jesucristo al mundo como Mesías y su gran obra redentora en el Calvario, son la esencia y la demostración suprema y perfecta del amor de Dios para la humanidad.

San Juan en su Evangelio en el versículo 3,16 lo dice claramente: ***“Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único para que todo el que crea en él no perezca”***.

Para conocer de primera mano y más de Cristo Nuestro Señor, tenemos en ésta Era de la historia el privilegio de leer en la Biblia, con interés y detenimiento, lo que Jesús dijo e hizo cuando estuvo entre nosotros, procurando con confianza y buena disposición de nuestra parte, permitir que el amor de Dios llene nuestro corazón hasta el borde.

La esperanza y la vida de fe de un cristiano se basan en la creencia y en la certeza de saberse amado por Dios.

Por eso dice San Juan en su primera Epístola en el versículo 4,16: ***“Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y hemos creído en él. Dios es amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él.”***

Se trata entonces de un simple acto de fe de nuestra parte: el creer en la Palabra de Dios plasmada en la obra de Jesucristo.

Sabiendo que todo el amor humano posible, los cuidados, dedicación y disciplina de los padres para sus hijos no podían ser perfectos y que eran tan sólo para el corto tiempo de nuestra vida terrenal, Dios omnipotente como parte de su plan para su creación, envió a su Hijo Jesucristo para mostrarnos el inmenso amor de Dios para con todos los hombres y las mujeres sin excepción alguna, y para hacernos saber que poseemos un espíritu eterno (el alma), que por su obra de sacrificio en la Cruz y su Redención, nos ama también como hijos suyos y que por eso tenemos el gran privilegio de llamarlo **Padre**. Es muy importante recordar que ese amor divino es eterno, y que nos es otorgado por la pura gracia de Dios, sin tener que ganarlo.

De allí el admirable honor que tenemos los cristianos de saber que poseemos unos padres naturales que nos engendraron y nos criaron, y que también tenemos al Dios creador del cielo y de la tierra como nuestro Padre celestial.

Es necesario sólomente creer firmemente ésta verdad, para que podamos vivir y disfrutar de ese privilegio, al hacerlo nuestro.

La certeza profunda de saberse amados por Dios genera en el corazón del hombre una esperanza viva, firme, real; una esperanza eterna que da el valor de proseguir en el camino de la vida a pesar de los fracasos, de las dificultades y las pruebas que la acompañan.

Muchos se preguntarán pero porqué es tan importante creer en Dios, en su Hijo Jesucristo y en el Espíritu Santo y además, saberse amado por Dios y tener nuestra esperanza puesta en Jesucristo, cuando ya nos sabemos amados por nuestros padres, madres, familiares, esposos, hijos, amigos, etc?

- 1) porque tenemos (o mejor dicho, somos) un espíritu que vivirá para siempre la Vida eterna y superior en el Reino de los cielos, después de la muerte inevitable de nuestro cuerpo.
- 2) y porque el amor humano que recibimos de nuestros queridos familiares, esposos, amigos, hijos y el que nosotros damos a los que nos rodean, es un amor que por más fuerte y profundo que sea, está limitado tanto en su pureza e intensidad como en su duración. El amor humano se puede comparar y representar como la

llama de una vela. Mientras que el amor de Dios como es puro, de una intensidad inconmensurable y eterno, es como el sol.

Los que se han alumbrado de noche con una vela saben que la llama no es muy grande, que varía también en intensidad, que es sumamente perecedera porque se puede apagar con un pequeño soplo de aire en cualquier instante, que no dura mucho tiempo porque la cera se consume, y que al final, la pequeña llama se extingue para no encenderse más.

Y cuando un vendaval del caprichoso destino en nuestra vida oscurezca o extinga la luz de algunas de las velas que nos alumbran, o cuando venga la avalancha de la muerte y apague nuestra propia llama, que maravilloso refugio y consuelo es entonces saber, que tenemos y contamos para siempre con el amor inmenso de Dios que nos sostiene y nos ilumina el alma, durante las adversidades de la vida en este mundo, y nos da esa esperanza para la vida eterna junto con nuestro Señor Jesucristo y los demás espíritus celestiales en el prometido Reino de los cielos.

El gran amor de Dios, Jesucristo y el Espíritu Santo estuvieron, están y estarán siempre presentes con todos nosotros, como el aire que respiramos y que nos da la vida, pero que no vemos ni sentimos, y que sin embargo está siempre allí.

Si todavía no tienes la certeza de saberte amado por Dios, acerca por favor tu alma a Jesucristo por medio de la oración y de la lectura de la Biblia, y pídele que le de más vigor a tu fe y te conceda la perseverancia necesaria, para captar e interiorizar su amor divino en tí.